



Montones de cadáveres en el campo de Buchenwald (foto real).

Jorge Semprún enjuicia "Holocausto"

"POR DEBAJO DE LA REALIDAD"

—¿Qué piensa Jorge Semprún de la operación comercial que constituye esta película, verdadero análisis colectivo fabricado a partir de un análisis de mercado y de rentabilidad segura?

—Eso me parece muy típico del funcionamiento de las televisiones americanas, y en general, de cómo se lanzan estos productos de bienes de consumo culturales, por decirlo de alguna manera, en los Estados Unidos. Ahora, yo no creo que eso sea lo más importante, en el caso de "Holocausto". Lo esencial, y lo que debiera situarse en el centro de una reflexión es por qué tantos años después estas películas han causado tal impacto en Europa. Hablo de lo que conozco, que es Europa, directamente o indirectamente por haber leído comentarios, y porque en algunos lugares ha habido resistencias a proyectar la serie "Holocausto". Creo que es revelador, sobre todo, el impacto en Alemania.

—Que es, paradójicamente, donde menos resistencia

El escritor Jorge Semprún vivió la experiencia de los campos nazis de concentración, en el de Buchenwald. Tal experiencia queda recogida en su libro "El largo viaje", escrito en francés. Ahora, Ramón Chao mantiene con él una larga entrevista en París, a propósito de la serie "Holocausto", cuya veracidad y sentido tal vez puede enjuiciar como muy pocos.

RAMON CHAO

hubo para proyectarlo, pues fueron los primeros en hacerlo. ¿No será, como decía Freud, que no hay inhibición que no provoque un día el retorno de lo inhibido, pero que siempre llega tarde? Es decir, que ya podían abordar el problema sin que les hiciera daño, para conjurarlo.

—Es posible que sea así. Pero también es cierto que para una gran parte del público alemán, del pueblo, de la juventud, ha sido una novedad; ha sido el descubrimiento de algo que estaba soterrado por todo ese fenómeno de autodefensa de la memoria colectiva. Se han producido anécdotas impresionantes, de familias disgregadas, de fa-

milias deshechas, porque ante ese pequeño monstruo del aparato de televisión, la familia reunida ha contemplado cosas, y de repente el hijo se ha enterado de que el padre ha sido miembro (quizá no muy importante) de la SS, o de la Gestapo... Es un trauma muy importante.

—Ya; pero una vez que han liberado el subconsciente, nadie les impide elegir de Presidente a un ex nazi.

—Naturalmente. Porque la información masiva, en este caso, tiene dos aspectos, uno que yo considero muy positivo, que es provocar ese choque, pero también actúa como exorcismo, y se puede decir: con eso hemos cumpli-

do, nos hemos liberado, y podemos estar tranquilos. O sea, que en la vida corriente, y no en la escenografía de la pantalla, no en lo imaginario, pues podemos volver a las andadas: seguir eligiendo presidentes que han tenido algo que ver con el nazismo, seguir aplicando leyes penales que en cierta manera algo tienen que ver con el pasado autoritario alemán... Hay esa dialéctica, pero yo creo que es interesante que se produzca así.

—Ella Wiesel dice que "Holocausto" es un insulto, tanto para los que perecieron como para los que sobrevivieron.

—Es evidente que contiene todos los tópicos de los seriales: sentimentalismo, dramatización a ultranza de problemas familiares, identificación de los personajes a través de todos los trucos cinematográficos, etcétera, etcétera. Pero si hacemos un balance de todos los defectos, del choque que puede producir, y de la información que puede transmitir, yo creo que puede ser

positivo. Mucho depende de cómo se hable de la película, de cómo la crítica oriente al público.

—Hay en el serial una porción de inexactitudes y de anacronismos que lleva a decir a los antisemitas que si hay tantas cosas falsas en ella, lo que cuenta también es falso. Por ejemplo, las insignias y los uniformes nazis no corresponden a la realidad; bajo el árbol de Navidad los jóvenes hitlerianos llevaban el uniforme de verano; los judíos ejecutados en el "ghetto" de Varsovia llevaban uniformes de un ejército polaco que no existía, y esa escena absolutamente inimaginable en la que la mujer de un judío consigue ir a visitar a su marido a un campo de concentración.

—Precisamente, esa mujer va al campo de Buchenwald, donde yo estuve, y se entrega al oficial SS para conseguir ver a su marido. Pues bien, cuando he visto ese campo en la pantalla, comprobé que no tiene nada que ver con el verdadero. Las barracas no eran así, ni el paisaje, pero no me importa. Porque el campo tiene que funcionar como objeto simbólico. Los supervivientes de Buchenwald somos, por suerte o por desgracia, cada vez menos. No van a estar haciendo una reconstrucción exacta del campo para las cinco o veinte personas que quedamos todavía vivas, mientras que al granjero del Middle West, o al alemán hijo de un propietario de ultramarinos, ¿qué les importa esas inexactitudes? Nada. Ahora bien, desde el punto de vista de la verdad profunda, de cómo funcionan los campos, el serial, yo digo que, pesando bien las palabras, es más bien prudente, se queda más bien por debajo de la realidad. Porque es imposible mostrar la realidad de los campos. Y no sé si a sabiendas, o inconscientemente, o el género mismo del serial les ha llevado a ello, pero los realizadores han sido más bien parcos en mostrar los horrores.

—¿Cómo era la vida en los campos? ¿Nos puede hablar de su experiencia personal?

—Estoy terminando en es-

tos momentos otro libro sobre los campos. Entonces me es difícil hablar de eso. Desde hace mucho tiempo, y prácticamente desde que se publicó "El largo viaje" aquí en Francia, decidí volver a escribir sobre los campos. Porque ocurrió una de esas coincidencias históricas. El libro se publica en mayo del sesenta y tres, y unas semanas antes yo había leído la "Jornada de Iván Denisovitch", que era el primer libro que se publicaba de Solzhenitsyn, con el beneplácito de Jruschef. Y ya para mí "El largo viaje" era un libro truncado, porque era el libro de la inocencia, porque describía con buena conciencia el campo nazi, y descubrí que había campos similares en el otro lado, y justificados con mis propias ideas. Así que este nuevo libro trata del campo nazi (puesto que los otros yo no los conozco), pero revivido por alguien que sabe, como comunista, que existían los campos estalinianos. Así que ahora me es difícil hablar de esto, y prefiero hacerlo cuando se publique el libro.

—¿Cree usted que estas dos ideologías, que han producido universos concentracionarios parecidos, son intrínsecamente iguales? ¿O bien que el fascismo es el instrumento del gran capital en sus últimas trincheras, como se dice, y el estalinismo un accidente histórico, o una ilustración del autoritarismo?

—Bueno, ese es el tema quizá más importante de nuestro siglo, y tal vez el más difícil de abordar, así en unas frases. Yo creo que lo que hay de específico en lo que presenta "Holocausto" es el problema del antisemitismo, y la famosa "solución final", a través del exterminio masivo de unos cuantos millones de judíos europeos. Esto es lo específico del nazismo, y lo que el serial pone de relieve, dramatiza a su estilo y a su modo. Ahora, la solución final del problema judío no es más que una parte, seguramente la más escandalosa, por ser la más masiva y la más inútil, si se me permite la expresión, la menos justificada del sistema concentracionario nazi, en el

cual había otras muchas gentes detenidas, deportadas, por hechos de resistencia, de oposición al nazismo, etcétera. Algo similar podría decirse del exterminio de los gitanos en la Europa nazi, por el mero hecho de ser gitanos. Lo específico del sistema nazi es esto, el aspecto racial y de genocidio antisemita y antigitano. Lo genérico, pero que ya es no sólo particular de la Rusia de Stalin y de la Alemania de Hitler, sino del siglo veinte, es un fenómeno general, es el fenómeno concentracionario. Esto exigiría un amplio estudio, pero, simplificando, diré que, como hombre de izquierdas y como ex comunista, o como "ex partido", es imposible rechazar, inhibir —volvemos a la frase de Freud— este hecho de la existencia masiva del gulag. Porque si hay una cierta coherencia entre campo de concentración y hitlerismo, o sea, que el campo de concentración es la expresión concentrada —si se me permite el juego de palabras— del sistema autoritario nazi, hay una incoherencia total entre lo que debería ser el socialismo y los campos de concentración. Entonces, puesto que han existido, y al tener un carácter tan masivo, no se puede decir que es un accidente, que es una desviación, o culpa de los errores de una persona, que sería el malévolo Stalin. Es algo que forma parte del sistema, tanto desde el punto de vista del terror político como del sistema económico. No diré yo que los trabajos forzados en esos campos de concentración sean de una gran productividad. Pero han sido en cierto modo productivos. En las minas de oro de La Kolyma, los presos extrajeron oro. O sea, que no se puede liquidar este problema diciendo que es un fenómeno pasajero, porque cuando abarca decenas de millones de personas a lo largo de treinta años, cuando es sustancial con el sistema y cuando incluso la liquidación del estalinismo en lo que tiene de más aparatosamente represivo no consigue liquidar los campos especiales. De vez

en cuando salen personas de esos campos. Hace unas semanas llegó Kusnetsov, el autor de "Un condenado a muerte", gracias a uno de esos intercambios difíciles de entender entre espías y disidentes. Lo vimos en París, y venía de un campo de concentración, que cuando lo describe a mí me parece estar oyendo la descripción del campo de Buchenwald. Con una diferencia, eso sí: como el nivel técnico de Alemania es superior, también eran superiores técnicamente los campos. Eran más "modernos", si se me permite este adjetivo, el campo alemán que el ruso. Y con las diferencias de clima, del frío, de que Europa es una cosa y Siberia es otra. Aparte de estas diferencias técnico-geográficas, lo alucinante para mí, desde que leí "Una jornada de Iván Denisovitch", de Solzhenitsyn, en mil novecientos sesenta y tres, cuando todavía era miembro del buró político del PCE, lo que no puedo olvidar, y es una de las constantes de la reflexión, es que es igual y aun peor. Igual que la experiencia que yo he vivido, comparable, pero mucho peor porque se hace bajo un sistema que pretende ser socialista, y que los partidos comunistas de Europa, incluso los eurocomunistas, siguen calificando como sistemas socialistas; los franceses como un sistema que "globalmente" ha sido positivo; los españoles, como un sistema que ha sido de "socialismo primitivo", pero nadie se atreve a quitar el adjetivo socialista a ese sistema. Y para mí, la existencia de los campos de concentración, aunque fuera menos masiva, es la prueba evidente de que no tiene nada que ver con el socialismo.

—Usted estuvo dos años en Buchenwald.

—Un campo sin cámara de gas, y por consiguiente quizá más parecido a los campos soviéticos, porque era, digamos, el exterminio por el trabajo, por la fatiga, y por el hambre. No era un campo de judíos, sino de resistentes, de políticos. Por eso no había cámaras de gas.



Intento de fuga en el "ghetto" de Varsovia después de la insurrección (fotograma de "Holocausto").

—La diferencia es notable, porque tampoco había hornos crematorios.

—El horno crematorio, en los campos alemanes, es una institución, digamos, del nivel técnico de la Alemania de la época. Es la solución más apropiada para eliminar rápidamente un número enorme de cadáveres (me permito hablar con mucho cinismo, puesto que lo he vivido) diariamente. En los campos rusos no se eliminan así los cadáveres. Todos los testimonios dicen que se entierran. Se abren las fosas en verano, porque en invierno es imposible cavar la tierra de tan helada que está, y se van amontonando en esas fosas durante todo el año. Y un día se cierra y desaparecen. En el desierto, en la tundra, en los hielos. Desaparecen.

—La diferencia importante, naturalmente, es la cámara de gas. Y en esto volvemos a "Holocausto". Porque la cámara de gas fue un invento que corresponde a una cierta tecnología, especial y específico, para eliminar a los judíos. Los alemanes —los nazis,

mejor dicho—, con esa especie de pensamiento burocrático delirante, habían establecido categorías muy estrictas en el funcionamiento de los campos. Cada uno tenía su misión. En uno se concentraban a los prisioneros que se pensaban que eran "recuperables" y "reeducables", y en otros, a los que no lo eran. Pero a esto se añade la última categoría: la de los campos destinados a los judíos. Y por eso no en todos hay cámaras de gas.

—O sea, que Mauthausen, que es un campo durísimo, y de eso los españoles saben mucho, porque allí hubo miles y miles de republicanos que construyeron la tristemente célebre "escalera de la muerte", que murieron masivamente haciéndola y luego subiendo por ella cargas inútiles, en ese campo, donde tal vez el número de muertos haya sido el más elevado, no había cámaras de gas.

—Ciertos nostálgicos del nazismo generalizan esto diciendo que nunca existieron las cámaras de gas, y que la gente confunde fácilmente

cámaras de gas con hornos crematorios.

—Se puede uno imaginar cómo un buen día o una mala tarde se reúnen en torno a Hitler, a Himmler, a Heydrich los jefes de la Gestapo especializados en la represión antisemita, y preguntan cómo eliminar a los once millones de judíos de la "solución final". Y ese aspecto está bien planteado, históricamente, en la serie "Holocausto": como se va produciendo la progresión, hacia el exterminio por medio de la cámara de gas: las ejecuciones masivas, con ametralladora, la masacre de Babí Yar, hasta que llega un momento en que no dan abasto, e inventan el sistema de las cámaras de gas. Ya sé que ahora se quiere propalar la idea, desde los medios de extrema derecha, de que no ha habido cámaras de gas. Es uno de los infundios más extraños de los últimos años. Porque, aparte de todos los testimonios que hay, y las miles de páginas en los volúmenes del Tribunal de Nuremberg (en efecto, Tribunal de los vencedores sobre los ven-

cidos, pero son hechos históricos cotejables y al alcance de toda investigación seria), es que, si no es con cámara de gas, ¿cómo han muerto esos millones de judíos?

—Es que, precisamente, dicen que no ha habido seis millones de judíos muertos, sino a lo máximo, doscientos mil.

—Yo he visto, en el panteón subterráneo que hay en Jerusalén, los nombres y las fichas de las víctimas. Claro que también se podrá decir que los judíos son capaces de inventárselos. Para ser coherentes, tendrían que decir que nunca ha habido judíos en Europa, y que el judío es un fantasma, en el sentido freudiano también, del nazi. En Polonia había tres millones de judíos, y al final de la guerra quedaban doscientos mil. ¿Dónde están los dos millones ochocientos mil?

—O sea, que técnicamente se explica, dentro de la frialdad del sistema nazi, que se invente la cámara de gas. Es la solución final y casi ideal. No ideal del todo, porque quedan supervivientes. No de los

"HOLOCAUSTO"

que pasaron por ellas, claro, porque eran perfectas, sino testigos, los que las hicieron funcionar.

-Algunos intelectuales, como Vladimir Yankelivitch, explican el odio nazi hacia los judíos por un "casi nada" que separaba a los judíos de los alemanes. En efecto, se trataba de una de las diásporas mejor integradas. En antisemitismo mejor sería, en primer lugar, la búsqueda de la diferencia infinitesimal con su casi semejante. De ahí su violencia. De ahí sus instituciones específicas, como la cámara de gas. Es decir, el odio ante el espejo.

-Sí, eso me parece muy interesante, pero no hay que olvidar que el nazismo entronca deliberadamente con una tradición. El antisemitismo no lo inventó Hitler. Es una viejísima tradición, en cuyo origen se encuentra la Santa Iglesia Católica Romana; o sea, que antes de ser un fenómeno de exterminio masivo por Hitler, el antisemitismo fue un fenómeno de discriminación sistemática y de desprecio -y a veces de exterminio también, aunque fue en menor escala- como castigo al pueblo deicida, como castigo a los "responsables" de la muerte de Cristo. Esa tradición existe, y se exaspera en el siglo diecinueve, a través de una serie de teóricos y de prácticos, y que no todos son alemanes, porque el gran teórico del antisemitismo es el inglés Houston Steward Chamberlain. Hitler está en esa tradición. Y no olvidemos tampoco que el socialismo tradicional y marxista alemán ha tenido que habérselas con ese mismo problema desde hace muchísimo tiempo, y hay una frase que sigue siendo vigente, de que "el antisemitismo es el socialismo de los imbéciles". O sea, ese aspecto anticapitalista, antiplutocrático, que es falso, que es puramente ideológico, que tiene el nazismo y el antisemitismo, es lo que Bebel califica como el socialismo de los imbéciles, ese aspecto populachero de atacar al judío porque es el usurero, el hombre del dinero. Hitler utilizó esa

tradición desde un cierto punto de vista, con gran maestría, porque le sirvió para movilizar fuerzas, para crear una ideología totalmente coherente, de la pureza de la raza, que ha sido uno de los elementos ideológicos que han dado esa cohesión férrea al nazismo hasta sus primeras derrotas, en los años mil novecientos cuarenta y dos-cuarenta y tres. Ese bloque no se resquebrajaba.

-En cuanto a la actuación de la Iglesia católica, conviene recordar que el uno de septiembre de mil novecientos treinta y nueve Hitler lanzó el "Programa eutanasia", destinado a eliminar lo que llamaban las "bocas inútiles", es decir, los subnormales. Tuvo que suspender este programa en agosto de mil novecientos cuarenta y uno, ante las presiones de la Iglesia, que, en cambio, no intervino en favor de los judíos.

-Claro, quizá como un reflejo atenuado de ese antisemitismo tradicional de una parte de la Iglesia católica, como institución, se explique la prudencia y el silencio de la Iglesia ante la persecución masiva de los judíos, y el silencio del Papa de la época, Pío XII.

-El escritor árabe Tahar Ben Jelloun cuenta la emoción que le produjo la película de Alain Resnais, "Nuit et brouillard", cuando tenía trece o catorce años. Era en mil novecientos cuarenta y ocho. Y días después las Fuerzas Armadas al servicio del Estado de Israel arrasaban el pueblo palestino de Deir-Yasin. ¿No es incomprensible que las víctimas se convirtieran en verdugos?; y si el Estado de Israel procede, en cierto modo, de los campos de concentración, ¿no es desesperante que trate a los palestinos como los trataron a ellos? Pues un crimen es siempre un crimen, sea cual fueran las armas utilizadas.

-Esto es un problema muy importante. Yo conozco Deir-Yasin. Estuve allí hace varios años, y es impresionante. Porque Deir-Yasin es un pueblecito de cerca de Jerusalén que en las semanas preceden-

tes a la resolución de la ONU, que dividía a Palestina en dos Estados, el Estado de Israel y el Estado árabe, que provoca la guerra. Entonces, durante esa guerra, un elemento armado -no del Ejército, pues todavía no existía un Ejército israelí, sino de las fuerzas armadas, de la Hagannah, que es un elemento del ala derechista del movimiento extremista Irgum (del que procede el actual primer ministro, Begin)-, ocupa ese pueblo árabe y se produce una masacre de varias decenas de árabes. Eso está confirmado por la Cruz Roja, y no he encontrado en Israel ninguna persona responsable y con memoria que niegue el hecho.

-Pero no sólo hubo Deir-Yasin; hubo bombardeos a pueblos indefensos, para provocar el éxodo.

-Yo me refiero al caso concreto de Deir-Yasin, donde

partes. Y lo complicado es distinguir entre el hecho del exterminio de los judíos y la creación del Estado de Israel. En abstracto, se podría distinguir una cosa de la otra, pero no se puede hacer. Porque el Estado de Israel es el producto de una larga historia que está ligada con la persecución.

-Después de la guerra de los Seis Días, Israel publicó un libro con cartas de soldados que murieron en el "campo de honor", como se dice. Un oficial de paracaidistas, Mordehai Ofer, había visitado días antes el museo de las víctimas del nazismo, en un kibutz. Y le escribió a su prometida diciéndole que aquellas miradas, detrás de las alambreadas, aquella impotencia, la daban fuerzas para ser afilado como un cuchillo, terrible y peligroso. Otro le decía a su padre que



Dorf, personaje que encarna la mentalidad SS, informando a Heydrich (fotograma de "Holocausto").

hubo un informe de la Cruz Roja Internacional, porque de los demás hay hechos, pero pocos documentos. Esto es uno de los casos ciertos, pues dio la casualidad de que el delegado de la Cruz Roja, que se hallaba cerca, se presentó en Deir-Yasin a las horas de la masacre y pudo hasta contar los cadáveres.

"Yo no digo esto para excusar, o para justificar, sino para, en cierto modo, pensar quiénes son los hombres que hacen la guerra, por ambas

al ver los tanques árabes se acordó de su número de campo de concentración, y que se había batido gracias a Auschwitz. El odio engendra odio, el campo de exterminio da fuerzas para exterminar a los otros...

-Sí; es muy dramático. Pero eso está ligado con lo que decíamos antes de la pasividad. Cuando yo estuve en Israel había como una especie de culpabilidad -contraria a la culpabilidad alemana-, la culpabilidad de la pa-



Dormitorio de un campo de concentración (foto real).

sividad. Y estos chicos, la mayoría de ellos nacidos en Israel —los famosos sabras— hablaban de sus abuelos, de sus padres, de sus mayores, como de los "soap jews", los judíos de jabón. Porque una de las cosas que hacían los nazis con la grasa de los cuerpos era jabón. Y hay esa especie de desquite histórico, que, claro, puede conducir a cosas brutales y monstruosas, pero que tiene su explicación. Es muy difícil juzgar fríamente, desde fuera. Además, es una cuestión también de generación. Para los más jóvenes es más difícil entender eso. Porque no es su experiencia. La experiencia de la juventud intelectual progresista, por usar términos así, bastardos, hoy en Europa, ¿cuál es?: es la experiencia del movimiento tercermundista, de las guerras de América Latina y del movimiento palestino. Mi experiencia no es ésta. Mi experiencia es la del genocidio contra los judíos. Nosotros nos hemos hecho, en gran medida, resistentes contra el destino que se reservaba a los judíos. Para nosotros, el judío, aun sin ver qué cara podía tener, el judío anónimo, es el perseguido, el oprimido. Hay, pues, una diferencia generacional que hace que a veces veamos las cosas de forma distinta. Ahora, volviendo al problema actual, político-histórico, es evidente que el

movimiento nacional palestino tiene todos los derechos a erigirse como nación, y por consiguiente como Estado, y que hay el hecho histórico de esa presencia judía en Israel que se ha convertido en un Estado que es el producto del genocidio, del holocausto, y de la diplomacia de las grandes naciones. ¿Cómo adoptar una política que fuese pro-palestina y antiárabe, projudía y antisionista? Es muy difícil. En la realidad de la diplomacia mundial y del enfrentamiento entre los grandes, y de la lucha por el petróleo y por los mercados, y de todo lo que significa ese conglomerado del Medio Oriente, ¿cómo llevar a cabo esa política, que sería antierrechista, tanto contra ciertos aspectos del mundo árabe, que son evidentemente reaccionarios, y ciertos aspectos del mundo judío, que son tan reaccionarios?

Lo que es interesante es cómo este problema judío llega a lo más profundo del inconsciente de la gente. Quizá en España menos, porque la historia es diferente, pero sí en Europa. Se les reprochan a los judíos, y con razón, una serie de hechos históricamente delictivos, como la masacre de Deir-Yasin, que no se le reprochan a ningún pueblo, porque todas las guerras producen masacres. ¿Por qué? Porque en el fondo es la idea

del pueblo elegido, y tiene por esto más deberes y más necesidad de ser un pueblo justo, por ser el pueblo elegido. Pero no. Es un pueblo como los demás y, por consiguiente, con los criminales que hay en los demás pueblos. Hay que aceptarlo como es, como un Estado opresivo.

—¿Qué interés puede tener la proyección de este serial en España, donde no ha habido problema judío? Me refiero, evidentemente, en los últimos tiempos.

—Creo que tiene interés, porque en España todavía se conoce poco —y eso también como consecuencia del franquismo y del posfranquismo— lo que ha sido realmente el nazismo y el fascismo. No olvidemos que Hitler fue un aliado de Franco y, por consiguiente, durante un larguísimo período, incluso cuando el franquismo evolucionaba hacia opciones y hacia alianzas muy diferentes, no se popularizó la verdad sobre el nazismo. Tiene interés también si se puede utilizar como plataforma para una discusión más general sobre genocidios, política racial, democracia y libertad, etcétera. O sea, que el caso del genocidio antisemita nazi es uno entre otros, y podría discutirse sobre estas políticas o regímenes que siguen existiendo ahora, como el "apartheid" sudafricano.

—¿No hubiera sido más

útil, en España, pasar por televisión películas sobre nuestra historia reciente, su "Las dos memorias", las de Martín Patino, de Berzosa, para que, volviendo a la frase de Freud, la inhibición no perdure durante muchos años?

—Bueno, yo creo que en España este problema de la ocultación, y de la guerra civil, es muy concreto y está muy politizado. Diré, metafóricamente, que el pacto de la Moncloa implica el olvido. O sea, la interpretación de la reconciliación nacional como olvido mutuo, no como planteamiento histórico de las cuestiones, sino como olvido de los problemas: tú olvidas la sangre que yo he provocado, y yo olvido la que tú has provocado; tú olvidas las Checas (utilizo apostá el lenguaje clásico franquista), y yo olvido a Conesa. Ese consenso ha tenido una cierta funcionalidad política, pero es muy peligroso. Porque entre tanto, los hombres de Conesa siguen manipulando la Policía española, por seguir hablando metafóricamente. Y eso puede ser muy grave, incluso para la democracia del tipo actual, con todos sus límites y recortes.

—Yo creo que ahora es imposible, porque el poder mostrar históricamente el problema de España entraña también resolver todas las cuestiones internas a cada bando, sobre todo en el campo republicano. Porque habría que poner en claro todas las cuestiones de la lucha entre socialistas y comunistas, entre anarquistas y comunistas, entre socialistas y anarquistas, los problemas del POUM; o sea, realmente, implica muchas cosas que están reñidas con la política y la estrategia actuales. Los únicos que tienen interés en sacarlas a relucir son tan minoritarios en la sociedad, que es perfectamente lógico que películas como "Las dos memorias" hayan sido totalmente arrinconadas. ■ Declaraciones recogidas en magnetófono por RAMON CHAO. Fotos: ROGER VIOLLET y Archivo.